Procuró Hernan Cortés empeñarle con algunas dádivas en su amistad : y porque recibió al entrar en la huerta Espera el eneaviso de que le aguardaban los enemigos en Cuatlamigo en Cuatlavaca, lugar del camino que se iba siguiendo, estuvo mal hallado en aquella recreacion, y se puso luego en marcha, no sin alguna desazon de haberse detenido mas que debiera: propia condicion del cuidado, divertirse con dificultad, y volver con mayor fuerza si alguna vez se divierte.

CAPITULO XVIII.

Pasa el ejército á Cuatlavaca, donde se rompió de nuevo á los Mejicanos; y despues á Suchímilco, donde se venció mayor dificultad, y se vió Hernan Cortés en contingencia de perderse.

Era Cuatlavaca lugar populoso, y fuerte por natu-Cuatlavaca, luraleza, situado entre unas barrancas ó quiebras del terreno, cuya profundidad pasaria de ocho estados, v servia de foso á la poblacion, y de tránsito á los arroyos que bajaban de la sierra. Llegó el ejército á este parage, penetrable. sujetando con poca dificultad las poblaciones intermedias; y ya tenian los Mejicanos cortadas las puentes de la entrada, y guarnecida su ribera con tanto número de gente, que parecia imposible pasar de la otra banda. Pero Hernan Cortés formó su ejército en distancia conveniente; y entre tanto que los Españoles con sus bocas de fuego, y los confederados con sus flechas procuraban entretener al enemigo con frecuentes escaramuzas, se apartó á reconocer la quiebra : y hallándola poco mas abajo considerablemente mas estrecha, discurrió y dispuso, casi á un mismo tiempo, que se formasen dos ó tres puentes de árboles enteros, cortados por el pie, los cuales se dejaron caer á la otra orilla; y unidos lo mejor que fué posible, dieron bastante, aunque peligroso camino á la infantería. Pasaron luego los Españoles de la vanguardia, quedando los Tlascaltecas à continuar la diversion del enemigo, y se formó un escuadron del foso adentro, que se iba engrosando por instantes con la gente de las otras naciones. Pero tardaron poco los Mejicanos Cargan los e- en conocer su descuido, y cargaron de tropel sobre los que habian entrado, con tanta determinacion, que no se hizo poco en conservar lo adquirido: y se pudiera dudar el suceso de aquella resistencia desigual, si no llegaran al mismo tiempo Hernan Cortés, Cristoval de Olid, Pedro de Alvarado y Andres de Tapia, que habiéndose alargado, miéntras pasaba el ejército, á buscar entrada para los caballos, la encontra-

ron poco segura y dificultosa, pero de grande oportunidad para el conflicto en que se hallaban los Espa-

Halla Cortes paso para los ca-

Tomaron la vuelta con ánimo de acometer por las espaldas : y lo consiguieron, asistidos ya de alguna infantería, cuyo socorro se debió á Bernal Diaz del Castillo, que aconsejándose Socorro que se con su valor, penetró el foso por dos ó tres árboles, que pendientes de sus raices, descansaban de su mismo peso en la orilla contrapuesta. Siguiéronle algunos Españoles de los que asistian á la diversion, y número considerable de Indios, llegando unos y otros á incorporarse con los caballos, al

mismo tiempo que se disponian para embestir. Pero los Mejicanos, reconociendo el golpe que los

Desamparan el pueblo los Meji-

amenazaba por la parte interior de sus fortificaciones, se dieron por perdidos, y derramándose á varias partes, trataron solo de buscar las sendas que sabian para escapar á la montaña. Perdieron alguna gente, así en la defensa del foso, como en la turbacion de la fuga; y los demas se pusieron en salvo. sin recibir mayor daño, porque los precipicios y asperezas del terreno frustraron la ejecucion del alcance. Hallóse la villa totalmente despoblada, pero con bastante provision de bastimentos, v algun despojo; en cuya ocupacion se permitió lo manual á los soldados. Y poco despues llamaron desde la campaña el viene à rendirse cacique y los principales de la poblacion, que venian á rendirse, pidiendo, con el foso delante, seguridad y salvaguardia para entrar á disponer el alojamiento; cuya permision se les dió por medio de los intérpretes : y fueron de servicio, mas para tomar noticias del enemigo y de la tierra, que porque se necesitase ya de sus ofertas, ni se hiciese mucho caso de sus disculpas, porque la cercanía de Méjico los tenia en necesaria sujecion.

El dia siguiente por la mañana marchó el ejército la Marcha Cortes à vuelta de Suchímilco, poblacion de aquellas que merecian nombre de ciudad sobre la ribera de una laguna dulce, que se comunicaba con el lago mayor : cuyos edificios ocupaban parte de la tierra, dilatándose algo mas dentro del agua, donde servian las canoas á la continuacion de las calles. Importaba mucho reconocer aquel puesto, por estar cuatro leguas de Méjico; pero fué trabajosa la marcha : porque despues de pasar un Trabajo que se puerto de tres leguas, se caminó por tierra estéril y seca, donde llegó á fatigar la sed, fomentada con el ejercicio y con el calor del sol : cuya fuerza creció al entrar en unos pinares que duraron largo trecho; y al sentir de aquella gente desalentada, echaban á perder la sombra que hacian.

Halláronse cerca del camino algunas estancias ó caserías ya en la jurisdiccion de Suchímilco, edificadas á la grangería ó á la recreacion de sus vecinos, donde se alojó el ejército, logrando en ellas por aquella noche la quietud y el refrigerio de que tanto necesitaba. Dejólas el enemigo abandonadas, para esperar á los Españoles en puesto de mayor seguridad: y Hernan Cortés marchó al amanecer, puesta en órden su gente, llevando entendido que no seria fácil la empresa de aquel dia, ni creible que los Mejicanos dejasen de tener cuidadosa guarnicion en Suchímilco, lugar de tanta consecuencia y tan avanzado: particularmente cuando iban cargados hácia el mismo parage todos los fugitivos de los reencuentros pasados. Lo cual se verificó brevemente; porque los enemigos, cuyo número pudo ser verdadero,

pero se omite por inverisimil, tenian formados sus escuadrones en un llano algo distante de la ciudad, y á la frente un rio caudaloso, que bajaba rápidamente á descansar en la laguna, cuya ribera estaba guarnecida con duplicadas tropas, y el grueso principal aplicado á la de-

ruento fortificada.

fensa de una puente de madera que dejaron de cortar,
porque la tenian atajada con reparos sucesivos de tabla
y fagina, suponiendo que si la perdiesen, quedarian con el paso estrecho de su parte para ir deshaciendo poco á poco á sus enemigos.

Reconoció Hernan Cortés la dificultad, y esforzándose á desentender su cuidado, tendió las naciones por la ribera: y entre tanto

que se peleaba con poco efecto de una parte y otra, mandó que avanzasen los Españoles á ganar el puente, pañoles á ganar el puente, donde hallaron tan porfiada resistencia, que fueron rechazados primera y segunda vez; pero acometiendo la tercera con mayor esfuerzo, y usando contra ellos

de sus mismas trincheras, como se iban ganando, se detuvieron poco en tener el paso á su disposicion: cuya pérdida desalentó á los enemigos, y se declaró por todas partes la fuga, solicitada ya por los capitanes con los toques de la retirada, ó porque no pareciese desórden, ó porque iban con ánimo de volverse á formar.

Pasó nuestra gente con toda la diligencia posible á ocupar la tierra que desamparaban, y al mismo tiempo, deseando lograr el

desabrigo de la otra ribera, se arrojaron al agua diferentes compañías de Tlascala y Tezcuco, y rompiendo á nado la corriente, se anticiparon á unirse con el ejército. Esperaban ya los enemigos puestos en órden cerca de la muralla; pero al primer avance de los Españoles empezaron á retroceder, provocando siempre con las voces, y con algunas flechas sin alcance, para dar á entender que se retiraban con eleccion. Pero Hernan Cortés los acometió tan ejecutivamente, que al primer choque se reconoció cuan cerca estaban del miedo las afectaciones del valor. Fuéronse retirando á la ciudad, en cuya

Retiranse los enemigos à la ciudad, en cuya entrada perdieron mucha gente : y amparándose de los reparos con que tenian atajadas las calles, volvieron á las armas y á las provocaciones.

Dejó Hernan Cortés parte de su ejército en la campaña, para cubrir la retirada y embarazar las invasiones de afuera : y entró con el resto á proseguir el alcance, para cuyo efecto, Entra Cortés en señalando algunas compañías que apartasen la oposicion de las calles inmediatas, acometió por la principal, donde tenian los enemigos su mayor fuerza. Rompió con alguna dificultad la trinchera que defendian, y reincidió en la culpa de olvidar su persona en sacando la espada : porque se arrojó entre Peligro en que se la muchedumbre con mas ardimiento que advertencia, y se halló solo con el enemigo por todas partes, cuando quiso volver al socorro de los suyos. Mantúvose peleando valerosamente hasta que se le rindió el caballo, y dejándose caer en tierra, le puso en evidente peligro de perderse : porque se abalanzaron à él los que se hallaron mas cerca, y ántes que se pudiese desembarazar para servirse de sus armas, le tuvieron poco ménos que rendido; siendo entónces su mayor defensa lo que interesaban aquellos Mejicanos en llevarle vivo á su príncipe. Hallábase á la Socorrele Crissazon poco distante un soldado conocido por su valor, toval de Olea. que se llamaba Cristoval de Olea, natural de Medina del Campo, y haciendo reparo en el conflicto de su general, convocó algunos Tlascaltecas de los que peleaban á su lado, y embistió por aquella parte con tanto denúedo, y tan bien asistido de los que le seguian, que dando la muerte por sus manos á los que mas inmediatamente oprimian à Cortés, tuvo la fortuna de restituirle à su libertad : con que se volvió á seguir el alcance; y escapando los enemigos á la parte del agua, quedaron por los Españoles todas las calles de la tierra.

Salió Hernan Cortés de este combate con dos heridas leves, y

Cristoval de Olea con tres cuchilladas considerables, cuyas cicatrices decoraron despues la memoria de su hazaña. Dice Antonio de Herrera que se debió el socorro de Cortés á un Tlascalteca, de quien ni ántes se tenia conocimiento, ni despues se tuvo noticia: y deja el suceso en reputacion de milagro; pero Bernal

Salió Cristoval de Olea con tres cuchilladas. Antonio de Herrera dice que fue milagro.

Diaz del Castillo, que llegó de los primeros al mismo socorro, le atribuye á Cristoval de Olea: y los de su linage (dejando á Dios lo que le toca) tendrán alguna disculpa, si dieren mas crédito á lo que fué que á lo que se presumió.

No estuvo, entre tanto que se peleaba en la ciudad, sin ejercicio el trozo que se dejó en la campaña, cuyo gobierno quedó encargado á Cristoval de Olid, Pedro de Alvarado y Andres de Tapia: porque los nobles de Méjico hicieron un esfuerzo estraordinario para reforzar la guarnicion de Suchímilco, cuya defensa tenia cuidadoso á su príncipe Guatimozin: y embarcándose con hasta diez mil hombres de buena calidad, salieron á tierra por diferente parage, con noticia de que los Españo-

les andaban ocupados en la disputa de las calles, y con intento de acometer por las espaldas; pero fueron descubiertos, y cargados Rompele Al- con toda resolucion, hasta que últimamente volvie-

varado, Olid y ron á buscar sus embarcaciones, dejando en la campaña parte de sus fuerzas, aunque se conoció en su resistencia que traian capitanes de reputacion: y fué tan estrecho el combate, que salieron heridos los tres cabos, y número conside-

rable de soldados españoles y tlascaltecas.

Quedó con este suceso Hernan Cortés dueño de la campaña y de todas las calles y edificios que salian á Cortes los edifila tierra: y poniendo suficiente guardia en los surgideros por donde se comunicaban los barrios, trató de alojar su ejército en unos grandes patios cercanos al adoratorio principal, que por tener algun género de muralla, bastante á resistir las armas de los Mejicanos, pareció sitio á propósito para ocurrir con mayor seguridad al descanso de la gente y á la cura de los heridos. Ordenó al mismo tiempo que subiesen algunas compañías á reconocer lo alto del adoratorio; y hallándole totalmente desam-Ocupase un ado- parado, mandó que se alojasen veinte ó treinta Españoles en el atrio superior para registrar las avenidas, así del agua como de la tierra, con un cabo que atendiese á mudar las centinelas, y cuidase de su vigilancia. Prevencion necesaria, cuya utilidad se conoció brevemente; porque al caer de Descubrese de la tarde, bajó noticia de que se habian descubierto á lo alto nuevo so- la parte de Méjico mas de dos mil canoas reforzadas, que se venian acercando á todo remo : con que hubo lugar de prevenir los riesgos de la noche, doblando las guarnicio-

grueso pareció de hasta catorce ó quince mil hombres. Salió Hernan Cortés á recibirlos fuera de los mutra este socorro. ros, eligiendo sitio donde pudiesen obrar los caballos, v dejando buena parte de su ejército á la defensa de su alojamiento. Diéronse vista los dos ejércitos, y fué de los Mejicanos el primer acometimiento; pero recibidos con las bocas de fuego, retrocedieron lo bastante para que cerrasen los demas con la espada en la mano, v se fuesen abreviando los términos de su resistencia con tanto ri-Huyen los ene- gor, que tardaron poco en descubrir las espaldas, y toda la faccion tuvo mas de alcance que de victoria.

nes de los surgideros : y á la mañana se reconoció tambien el des-

embarco de los enemigos, que fué á largo trecho de la ciudad, cuyo

Cuatro dias se detuvo Hernan Cortés en Suchímilco, para dar algun tiempo á la mejoría de los heridos, siempre con las armas en las manos : porque la vecindad facilitaba los socorros de Méjico; y el rato que faltaban las invasiones, bastaba el recelo para fatigar la gente.

Llegó el caso de la retirada, que se puso en ejecu-Vuelve Cortes à cion como estaba resuelta, sin que cesase la persecucion de los enemigos : porque se adelantaron algunas veces á ocupar los pasos dificultosos para inquietar la marcha: cuya molestia se venció con poca dificultad, y no sin considerable ganancia, volviendo Hernan Cortés à su plaza de armas con bastante satisfaccion de haber conseguido los dos intentos que le obligaron á esta salida: reconocer á Suchímilco, puesto de consecuencia para su entrada, y quebrantar al enemigo para enflaquecer las defensas de Méjico.

Pero en lo interior venia desazonado y melancólico de haber perdido en está jornada nueve ó diez Espa- Españoles en esnoles : porque sobre los que murieron en el primer asalto de la montaña, le llevaron tres ó euatro en Suchimilco, que se alargaron á saquear una casa de las que tenia esta poblacion dentro del agua, y dos criados suyos que dieron en una emboscada, por haberse apartado inad-

vertidamente del ejército : creciendo su dolor en la circunstancia de haberlos llevado vivos para sacrificarlos á sus idolos, cuya infelicidad le acordaba la contingencia en que se vió, cuando le tuvieron los enemigos en su poder, de morir en seme-

jante abominacion; pero siempre conocia tarde lo que importaba su vida, y en llegando la ocasion, trataba solo de prevenir las quejas del valor, dejando para despues los re-

mordimientos de la prudencia.

Perdió nueve

CAPITULO XIX.

Remédiase con el castigo de un soldado español la conjuracion de algunos Españoles que intentaron matar á Hernan Cortés: y con la muerte de Jicotencal un movimiento sedicioso de algunos Tlascaltecas.

Estaban ya los bergantines en total disposicion Prevenciones para que se pudiese tratar de botarlos al agua, y el canal con el fondo y capacidad que habia menester para recibirlos. Ibanse adelantando las demas prevenciones que parecian necesarias. Hizose abundante provision de armas para los Indios. Registráronse los almacenes de las municiones: requirióse la artillería : dióse aviso á los caciques amigos, señalándoles el dia en que se debian presentar con sus tropas : y se puso particular cuidado en los víveres que se conducian continuamente á la plaza de armas, parte por el interes de las rescates, y parte por obligacion de los mismos confederados. Asistia Hernan Cortés personalmente à los menores ápices de que se compone aquel todo que debe ir á la mano en las facciones militares, cuvo peligro procede muchas veces de faltas ligeras, y pide prolijidades á la providencia.

Pero al mismo tiempo que traia la imaginacion ocu-Nuevo accipada en estas dependencias, se le ofreció nuevo accidente de mayor cuidado, que puso en ejercicio su valor, y dejó desagraviada su cordura. Díjole un Español de los antiguos en el ejército, con turbada ponderacion de lo que importaba el secreto, que necesitaba de hablarle reservadamente: y conse-

guida su audiencia como la pedia, le descubrió una Conspiracion conjuracion que se habia dispuesto en el tiempo de su ausencia contra su vida, y la de todos sus amigos.

Movió esta plática, segun su relacion, un soldado particular, que debia de suponer poco en esta profesion, pues su nombre se

ove la primera vez en el delito. Llamábase Antonio de Villafaña : v fué su primer intento retirarse de aquella empresa, cuya dificultad le parecia insuperable. Empezó la inquietud en murmuracion, y pasó brevemente á

resoluciones de grande amenaza. Culpaban él y los de su opinion á Hernan Cortés de obstinado en aquella conquista, repitiendo que no querian perderse por su temeridad, y hablando en escapar á la isla de Cuba, como en negocio de fácil ejecucion, segun el

dictámen de sus cortas obligaciones. Juntáronse á discurrir en este punto con mayor recato; y aunque no rian los sediciohallaban mucha dificultad en el desamparo de la plaza

de armas, ni en facilitar el paso de Tlascala con alguna órden supuesta de su general, tropezaban luego en el inconveniente de tocar en la Vera Cruz, como era preciso para fletar alguna embarcacion, donde no podian fingir comision ó licencia de Cortés, sin llevar pasaporte suyo, ni escusar el riesgo de caer en una prision digna de severo castigo. Hallábanse atajados, y volvian al tema de su retirada, sin eligir el camino de conseguirla: firmes en la re-

solucion, y poco atentos al desabrigo de los medios.

Pero Antonio de Villafaña, en cuyo alojamiento eran las juntas, propuso finalmente que se podria ocurrir á todo matando á Cortés y á sus principales consejeros, para elegir otro general á su modo, ménos empeñado en la empresa de Méjico, y mas fácil de reducir : á cuya sombra se podrian retirar sin la nota de fugitivos, y alegar este servicio á Diego Velazquez, de cuyos informes se podia esperar que se recibiese tambien el delito en España como servicio del rey. Aprobaron todos el arbitrio: y abrazando á Villafaña, empezó el tumulto en el aplauso Papel en que fir- de la sedicion. Formóse luego un papel, en que firmaron muchos. maron los que se hallaban presentes, obligándose á seguir su partido en este horrible atentado : v se manejó el negocio con tanta destreza, que fueron creciendo las firmas á número considerable, y se pudo temer que llegase á tomar cuerpo de mal irremediable aquella oculta y maliciosa contagion de los ánimos.

Tenian dispuesto fingir un pliego de la Vera Cruz, con cartas de Castilla, y dársele á Cortés cuando es- nian la muerte tuviese á la mesa con sus camaradas, entrando todos

Cómo dispo-

con pretesto de la novedad : y cuando se pusiese á leer la primera carta, servirse del natural divertimiento de su atencion para matarle à puñaladas, y ejecutar lo mismo en los que se hallasen con él: juntándose despues para salir á correr las calles, apellidando libertad: movimiento, á su parecer, bastante para que se declarase por ellos todo el ejército, y para que se pudiese hacer el mismo estrago

en los demas que tenian por sospechosos. Habian de morir, segun la cuenta que hacian con su misma ce- bian de morir guedad, Cristoval de Olid, Gonzalo de Sandoval,

Pedro de Alvarado y sus hermanos, y Andres de Tapia, los dos alcaldes ordinarios, Luis Marin y Pedro de Ircio, Bernal Diaz del Castillo, y otros soldados confidentes de Cortés. Pensaban elegir

por capitan general del ejército á Francisco Verdugo, que, por estar casado con hermana de Diego Velazquez, les parecia el mas fácil de reducir, y el mejor para mantener y autorizar su partido; pero temiendo

su condicion pundonorosa y enemiga de la sinrazon, no se atrevieron à comunicarle sus intentos, hasta que una vez ejecutado el delito, se hallase necesitado á mirar como remedio la nueva ocupacion.

De esta sustancia fueron las noticias que dió el soldado, pidiendo la vida en recompensa de su fidelidad, por hallarse comprendido en la sedicion : y Hernan Cortés resolvió asistir personalmente á la prision de Villafaña, y á las prision de Villaprimeras diligencias que se debian hacer para con-

vencerle de su culpa, en cuya direccion suele consistir el aclararse ó el oscurecerse la verdad. No pedia ménos cuidado la importancia del negocio, ni era tiempo de aguardar la madura inquisicion de los términos judiciales. Partió luego á ejecutar la prision de Villafaña, llevando consigo á los alcaldes ordinarios, con algunos de sus capitanes, y le halló en su posada, con tres ó cuatro de sus parciales. Adelantóse á deponer contra él su misma turbacion : y despues de mandarle aprisionar, hizo seña para que se retirasen todos, con pretesto de hacer algun exámen secreto: y sirviéndose de las noticias que llevaba, le sacó del pecho Ouitale el papel el papel del tratado, con las firmas de los conjurados.

Levóle, y halló en él algunas personas, cuya infidelidad le puso en mayor cuidado; pero recatándole de los suyos, mandó poner en otra prision á los que se hallaron con el reo : y se retiró, dejando su instruccion á los ministros de justicia, para que se fulminase la causa con toda la brevedad que fuese posible, sin hacer diligencia que tocase à los cómplices : en que hubo pocos lances : porque Villafaña, convencido con la aprehension del papel, y creyendo que le habian entregado sus amigos, confesó luego el delito: con

que se fueron estrechando los términos, segun el estilo militar, y

se pronunció contra él sentencia de muerte, la cual se ejecutó aquella misma noche, dándole lugar para que cumpliese con las obligaciones de cristiano; y el

dia siguiente amaneció colgado en una ventana de su mismo alojamiento: con que se vió el castigo al mismo tiempo que se publicó la causa; y se logró en los culpados el temor, y en los demas el

aborrecimiento de la culpa.

Oculta Cortés
el papel de las
doso de lo que habia crecido el número de las firmas;
pero no se hallaba en tiempo de satisfacer á la justicia, perdiendo tantos soldados españoles en el principio de su empresa: y para escusar el castigo de los culpados, sin desaire del sufrimiento, echó voz de que se habia tragado Antonio de Villafaña un papel hecho pedazos, en que, á su parecer, tendria los nombres ó las firmas de los conjurados. Y poco despues llamó á sus capitanes y soldados, y les dió noticia por mayor de las horribles novedades que traia en el pensamiento Antonio de Villafaña, y de la conjuración que iba forjando contra su vida, y contra otros muchos de los que se hallaban presentes: y añadió: « Que tenia por

Razonamiento
que hizo à su
que hizo à su
que hizo à su
que hizo à su
que logró Villafaña para ocultar un pa-

- « pel que traia en el pecho no le dejaba dudar que los habia; « pero que no queria conocerlos : y solo pedia encarecidamente á
- sus amigos que procurasen inquirir si corria entre los Españoles
- alguna queja de su proceder que necesitase de su emienda; porque deseaba en todo la mayor satisfaccion de los soldados, y
- estaba pronto à corregir sus defectos, así como sabria volver al
- rigor y á la justicia, si la moderacion del castigo se hiciese ti-

« bieza del escarmiento. »

Mandó luego que fuesen puestos en libertad los soldados que asistian á Villafaña, y con esta declaración de su ánimo, revalidada con no torcer el semblante á los que le habian ofendido, se dieron

Notable advertencia de Cortès.

por seguros de que se ignoraba su delito: y sirvieron despues con mayor cuidado, porque necesitaban de la puntualidad para desmentir los indicios de la culpa.

Fué importante advertencia la de ocultar el papel de las firmas, para no perder aquellos Españoles de que tanto necesitaba; y mayor hazaña la de ocultar su irritacion para no desconfiarlos.; Primoroso desempeño de su razon, y notable predominio sobre sus pasiones! Pero teniendo á ménos cordura el esceder en la confianza, que suele adormecer el cuidado, á fin de provocar el peli-

Nombra soldados de su guardia. gro, nombró entónces compañía de su guardia, para que asistiesen doce soldados con un cabo cerca de su persona; si ya no se valió de esta ocasion como de pretesto para introducir sin estrañeza lo que ya echaba ménos su autoridad.

Ofreciósele poro despues embarazo nuevo, que aun- Motin de Jicoque de otro género, tuvo sus circunstancias de motin: porque Jicotencal, á cuyo cargo estaban las primeras tropas que vinieron de Tlascala, ó por alguna desazon, fácil de presumir en su altivez natural, ó porque duraban todavía en su corazon algunas reliquias de la pasada enemistad, se determinó á desamparar el ejército, convocando algunas compañías, que á fuerza de sus instancias ofrecieron asistirle. Valióse de la noche para Retirase de noejecutar su retirada: y Hernan Cortés, que la supo luego de los mismos Tlascaltecas, sintió vivamente una demostracion de tan danosas consecuencias en cabo tan principal de aquellas naciones, cuando se estaba ya con las armas casi en las manos para dar principio á la empresa. Despachó en su alcance Cortés procura algunos Indios nobles de Tezcuco, para que le procurasen reducir á que por lo ménos se detuviese hasta proponer su razon; pero la respuesta de este mensage, que fué no solamente resuelta, sino descortes, con algo de menosprecio, le puso en mayor irritacion, y envió luego en su alcance dos ó tres com-Salen Españopañías de Españoles, con suficiente número de Indios les en su seguitezcucanos y chalqueses, para que le prendiesen; y en caso de no reducirse, le matasen. Ejecutóse lo segundo: porque se halló en él porfiada resistencia, y alguna flojedad en los que le seguian contra su dictámen, los cuales se volvieron luego al Ahorcanle de un ejército, quedando el cadáver pendiente de un árbol.

Así lo refiere Bernal Diaz del Castillo; aunque Antonio de Herrera dice que le llevaron á Tezcuco, y que usando Hernan Cortés de una permision que le habia dado la república, le hizo ahorcar públicamente dentro de la misma ciudad. Lectura que parece ménos semejante á la verdad; porque castigo en Tezcuenturaba mucho en resolverse á tan violenta ejecucion con tanto número de Tlascaltecas á la vista, que precisamente habian de sentir aquel afrentoso castigo en uno de los primeros hombres de su nacion.

Algunos dicen que le mataron con órden secreta de Cortés los mismos Españoles que salieron al camino, en que hallamos algo ménos aventurada la resolucion. Y como quiera que fuese, no se puede negar que andaba su providencia tan adelantada, y tan sobre lo posible de los sucesos, que tenia prevenido este lance, de suerte que ni los Tlascaltecas del ejército, ni la república de Tlascala, ni su mismo padre hicieron queja de su muerte: porque sabiendo algunos dias ántes que se desmandaba este mozo en hablar mal de sus acciones, y en desacreditar la empresa de Méjico entre los de su nacion, participó á Tlascala esta noticia, para que le llamasen á su tierra con pretesto

de otra faccion, ó se valiesen de su autoridad para corregir semejante desórden: y el senado, en que asistió su padre,

le respondió que aquel delito de amotinar los ejérciinquietud à la tos era digno de muerte, segun los estatutos de la rerepública, y le pública, y que así podria, siendo necesario, proceder responden que le quite la vida. contra él hasta el último castigo, como ellos lo ejecuta-

rian si volviese á Tlascala, no solo con él, sino con todos los que le acompañasen; cuya permision facilitaria mucho entónces la resolucion de su muerte, aunque sufrió algunos dias sus atrevimientos, sirviéndose de los medios suaves para reducirle. Pero siempre nos inclinamos á que se hizo la ejecucion fuera de Tezcuco, segun lo refiere Bernal Diaz: porque no dejaria Hernan Cortés de tener

presente la diferencia que se debia considerar entre ponerlos delante un espectáculo de tanta severidad, Fuera temeridad castigarle à ó referirles el hecho despues de sucedido: siendo vista de los sumáxima evidente que abultan mas en el ánimo las

noticias que se reciben por los ojos, así como pueden ménos con el corazon las que se mandan por los oidos.

CAPITULO XX.

Échanse al agua los bergantines, y dividido el ejército de tierra en tres partes, para que al mismo tiempo se acometiese por Tacuba, Iztacpalapa y Cuyoacan, avanza Hernan Cortés por la laguna, y rompe una gran flota de canoas mejicanas.

No se dejaban de tener á la vista las prevenciones Échanse al ade la jornada, por mas que se llevasen parte del cuidado estos accidentes. Ibanse al mismo tiempo echando al agua los bergantines : obra que se consiguió con felicidad , debiéndose tambien á la industria de Martin Lopez, como última perfeccion de su fábrica. Díjose ántes una misa de Espíritu Santo, y en ella comulgó Hernan Cortés, con todos sus Españoles. Bendijo el sacerdote los buques : dióse á cada uno su nombre segun el estilo náutico : y entre tanto que se introducian los adherentes

que dan espíritu al leño, y se afinaba el uso de las Constaba el ejarcias y velas, pasaron muestra en escuadron los Esjercito de novepañoles, cuyo ejército constaba entónces de novecientos Españoles, de ochenta y cientos hombres: los ciento y noventa y cuatro entre seis caballos, y diez y ocho pie arcabuces y ballestas; los demas, de espada, rodela y lanza, ochenta y seis caballos, y diez y ocho pie-

zas de artillería, las tres de hierro gruesas, y las quince falconetes de bronce, con suficiente provision de pólvora y balas.

Aplicó Hernan Cortés á cada bergantin veinticinco Españoles con un capitan, doce remeros, á seis por banda, y una pieza de artillería. Los capitanes fueron Pedro de Barba, Capitanes de los natural de Sevilla : García de Holguin, de Cáceres : bergantines. Juan Portillo, de Portillo: Juan Rodriguez de Villafuerte, de Medellin: Juan Jaramillo, de Salvatierra, en Estremadura: Miguel Diaz de Auz, Aragones: Francisco Rodriguez Magarino, de Mérida : Cristoval Flores, de Valencia de Don Juan : Antonio de Caravajal, de Zamora: Gerónimo Ruiz de la Mota, de Burgos: Pedro Briones, de Salamanca: Rodrigo Morejon de Lobera, de Medina del Campo: y Antonio Sotelo, de Zamora: los cuales se embarcaron luego, cada uno á la defensa de su bajel, y al socorro de los otros.

Dispuesta en esta forma la entrada que se habia de hacer por el lago, determinó, con parecer de sus ca- en tres trozos el pitanes, ocupar al mismo tiempo las tres calzadas principales de Tacuba, Iztacpalapa y Cuyoacan, sin alargarse á la de Suchimilco, por escusar la desunion de su gente, y tenerla en parage que mdiesen recibir ménos dificultosamente sus órdenes: para cuyo efecto dividió el ejército en tres partes, y encargó á Pe-

dro de Alvarado la espedicion de Tacuba, con nombramiento de gobernador y cabo principal de aquella entrada, llevando á su órden ciento y cincuenta Españoles y treinta caballos, en tres compañías, á cargo de los capitanes Jorge de Alvarado, Gutierre de Badajoz y Andres de Monjaraz, dos piezas de artillería, y treinta mil Tlascaltecas.

El ataque de Cuyoacan encargó al maestre de campo Cristoval de Cristoval de Olid, con ciento y sesenta Españoles en las tres compañías de Francisco Verdugo, Andres de

Tapia y Francisco de Lugo, treinta caballos, dos piezas de artillería, y cerca de treinta mil Indios confederados. Y últimamente cometió à Gonzalo de Sandoval la entrada que se ha-

Gonzalo de bia de hacer por Iztacpalapa, con otros ciento y cin-Sandoval en la cuenta Españoles á cargo de los capitanes Luis Marin

y Pedro de Ircio, dos piezas de artillería, veinticuatro caballos, y toda la gente de Chalco, Guajocingo y Cholula, que serian mas de cuarenta mil hombres. Seguimos en el número de los aliados que sirvieron en estas entradas la opinion de Antonio de Herrera; por-

que Bernal Diaz del Castillo da solamente ocho mil Tlascaltecas á cada uno de los tres capitanes, y repite disminuye los algunas veces que fueron de mas embarazo que ser-

vicio; sin decir donde quedaron tantos millares de hombres como vinieron al sitio de aquella ciudad. Ambicion descubierta de que lo hiciesen todo los Españoles, y poco advertida en nuestro sentir, porque deja increible lo que procura encarecer, cuando bastaba para encarecimiento la verdad.

Partieron juntos Cristoval de Olid y Gonzalo de Parten juntos O-Sandoval, que se habian de apartar en Tacuba, y se